



La Identidad Local en las visiones de desarrollo

LOCAL IDENTITY IN DEVELOPMENT VISIONS

Raúl González Meyer

Departamento de Estudios Generales, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Santiago, Chile.
Profesor invitado de la Universidad Católica de Lovaina, Bélgica.

E-mail: raul.gonzalez.meyer@gmail.com

Resumen

Este artículo, desde distintas perspectivas, muestra las relaciones que han sido establecidas entre las nociones de desarrollo con la identidad local territorial: la forma en que la identidad territorial ha sido aprehendida y evaluada o valorada desde diferentes perspectivas y estrategias de desarrollo. El período abarcado parte desde el momento de consolidación de las Ciencias Sociales del desarrollo, luego de la Segunda Guerra y finaliza con los actuales debates referidos al proceso de globalización. Esto abarca los proyectos de modernización nacional, el punto de vista culturalista, la idea del desarrollo endógeno y los distritos marshalianos, el enfoque de la competitividad global y la visión de las resistencias locales. En cada una de estas perspectivas aparecen consideraciones relativas a los espacios locales y sus identidades. Como lo revelará el artículo, esas consideraciones parten de diferentes ángulos y valores que en muchos casos son contradictorios entre sí. Finalmente, se realizan algunas propuestas de cómo puede ser aprehendida y evaluada la identidad territorial con relación al desarrollo local.

PALABRAS CLAVES: IDENTIDAD TERRITORIAL, ESTRATEGIAS DE DESARROLLO, RESISTENCIAS LOCALES, GLOBALIZACIÓN, NACIONALISMOS.

Abstract

This article, from distinctive perspectives, studies relations between the notion of development and local territorial identity. The study goes from after the Second World War until the present debates related to globalization, period in which social sciences and economy related to development are consolidated. The revision emphasizes the national modernization projects, the cultural perspective, the endogen development viewpoint, Marshall's districts approach, the globalized competitiveness and the local resistance. In all these perspectives, the local area, identities and culture are taken into account. The article studies the phenomenon from very different angles and values, and, in some cases, from opposite points of view. Finally, considerations are made about how can be apprehended and evaluated territorial identity in relation with local development

KEYWORDS: TERRITORIAL IDENTITY, DEVELOPMENT STRATEGIES, LOCAL RESISTANCE, GLOBALIZATION, NATIONALISM.

Introducción

El tema de este artículo es acerca de las relaciones que han sido establecidas en lo académico y en lo político entre identidades territoriales locales y procesos de desarrollo. Por territorio local se comprenden de manera genérica escalas subnacionales variadas que abarcan desde las regiones administrativas hasta otras menores, que en conjunto forman un “mesonivel” dentro de un espacio nacional. Se afirma que lo local constituye una escala en que existe lo social (Arocena, 1995), o si se prefiere, es en la escala local donde ocurren procesos de construcción social de una territorialidad a partir de la acción e interacción de agentes (González, 2008). Esta escala y territorios locales han venido siendo objeto durante los últimos decenios de una revalorización desde varios fundamentos, entre ellos, lo local como espacio deseable para impulsar estrategias de desarrollo (González, 1995).

Más precisamente, se buscará reconstituir las aproximaciones con que en estos últimos decenios hasta el presente, se han establecido teóricamente las relaciones entre identidad territorial local y desarrollo, desde el propósito explícito de impulsar este último. Para esto se intenta responder la pregunta: ¿cómo ha sido considerada la cuestión de la identidad local

en las propuestas de desarrollo? Con esto se busca contribuir a ordenar un debate en el que ambas situaciones sociales -identidad y desarrollo- suelen aparecer mencionadas y relacionadas de manera cada vez más frecuente, pero en que sus usos o significados –como en toda temática que cobra importancia- suelen ser distintos, a veces confusos y otras veces contradictorios (Debust, 1998, ver también Anexo 1).

Complementariamente, considerando los contenidos antes expuestos, se harán algunos aportes a la manera de comprender esta relación, lo que supone obligadamente, algunos juicios de valor sobre lo que debemos entender por desarrollo y sobre la importancia de la identidad para una sociedad local. En este artículo no se hará una discusión sobre la noción de desarrollo para el período que aquel comprende. Lo que sí se realiza es la caracterización básica del cómo se le entiende desde las diferentes perspectivas con que se le relaciona con la identidad territorial local. Para una revisión de las distintas teorías del desarrollo y la discusión sobre su propia concepción, entendido ello como una noción en disputa, con preeminencias y contestaciones, ver González Meyer (en prensa).

La identidad local mirada desde el nacionalismo modernizador

Siguiendo una secuencia histórica y tomando como punto temporal de partida la emergencia del campo de las teorías y políticas del desarrollo luego de la Segunda Guerra Mundial (Bustelo, 1998; Peemans, 2005), se puede identificar una primera forma en que fue establecida la relación entre identidad local y desarrollo. Aunque de modo más bien implícito, ello fue generado a través de los proyectos nacionales de modernización que surgen y marcan dicha época (Peemans, 2005). La referencia territorial principal considerada para aquellos proyectos es el espacio nacional. Esto, siguiendo la idea de que el progreso moderno se puede y debe impulsar desde la construcción o reforzamiento institucional del Estado-nación. Este proceso puede presentarse como un nuevo ciclo de modernización de la nación, basado en la industrialización (como en América Latina) o más fundamentalmente, como una estrategia de configuración de la nación misma, como ocurrió en parte importante de los países africanos y asiáticos en descolonización (Preston, 1999). A la vez, esta perspectiva modernizadora y desarrollista puede tomar distintas vías o estrategias. Por ejemplo, en la relación de la economía nacional con la economía internacional, podrá haber estrategias más abiertas o más protegidas, más homogéneas o selectivas según los sectores económicos o en relación con la industrialización, podrá haber más o menos énfasis en la industria de bienes de capital.

Es de interés enfatizar que este desarrollo, aunque concebido como su centro más decisivo en el crecimiento económico, es a la vez y en sinergia con aquel, también concebido como un proceso de modernización socio-cultural a

escala nacional. Esto es, un proceso de cambio social que resulta de —y debe conducir a— apropiarse de los valores y destrezas que son creados como funcionales a la posibilidad de desarrollarse económicamente, es decir, funcionales al desarrollo de la tecnología, la productividad, la laboriosidad, la eficiencia, el ahorro, el deseo de confort material, etc. En definitiva, a producir una cultura e identidad (“mentalidad”) moderna (Germani, 1964).

En ese contexto histórico e ideológico, la representación predominante por las élites modernizadoras respecto de los territorios e identidades locales, es la de ser carentes de los valores modernos. Estos más bien provienen desde los espacios centrales de cada país (las ciudades capitales, en general) y deben ser depositados en los espacios regionales, locales y alejados del centro administrativo. Estos últimos son concebidos como culturalmente retrasados o en el mejor de los casos, como pasivos y abiertos a asimilar.

En algunos casos y de manera más radical, lo local va a ser caracterizado directamente como lugar de bloqueo cultural al progreso. Las calificaciones que recibe lo local puede incorporar una amplia gama de apelativos como: lugar de mentalidad irracional, supersticiosa, conservadora, tradicionalista, de baja disposición al cambio, de alta aversión al riesgo, de pocas disposiciones emprendedoras, de fatalismo. Asimismo, surge la mirada despectiva hacia el “localismo” y el “provincialismo” como mentalidad estrecha y particularista, sospechosa de aquellos líderes que iban más allá de la frontera permitida por el centralismo y la “unidad nacional” (Leal, 1975). Una lectura distinta de lo local proviene de la aproximación “costum-

brista”, en la cual el espacio local escapa a las características rurales, pero no se convierte en lo que se va a entender como propiamente urbano y civilizado. Esta lectura cobra auge en la segunda mitad del siglo XIX y sobrevive en el siglo XX. La sociedad local aparece marcada por costumbres que en cierta medida son más importantes que los sujetos que las encarnan y se reproduce por la fuerza de aquellas costumbres (Ibarra, 1997). El pueblo es visto siempre desde fuera y caracterizado como lo que hay que descifrar, comprender y perdonar. En este sentido puede no ser plenamente asimilado al retraso y al contrario, se le otorgan ciertos grados de pureza y nobleza, aunque nunca sea considerada como civilización propiamente tal. Sus personajes no tienen lenguaje sugerente ni costumbres refinadas y carecen por tanto, para la minoría ilustrada de la época, de sicologías individuales (Monsiváis, 1986).

Esta representación cultural más o menos dominante sobre las sociedades locales, sin los valores ni motivaciones del progreso, incluso arcaicas y resistentes, eran el contrapuesto lógico del lugar de lo moderno que estaba en el “centro” (la capital nacional), desde dónde operaba —y debía operar— una élite nacional “progresista” portadora y constructora de la sociedad nacional moderna. Por ello es que el desarrollo (o progreso) no podía sino plantearse desde esta mirada como la construcción, reforzamiento o refundación de una fuerza cultural que era la identidad nacional moderna. En cierta medida ello tenía una contraparte en la realidad. Por ejemplo, en Chile existían zonas rurales con fuerte dominio de clases terratenientes conservadoras alejadas de idearios de progreso social y técnico. Sin embargo, esa generalización no daba cuenta de la complejidad y diversidad de los espacios locales y no visibilizaba las dinámicas

endógenas existentes. Los grandes déficits de historias locales en el caso chileno han hecho más invisibles esos componentes internos de las dinámicas locales, los que quedan subsumidos en el relato de la “nación” y de los “hitos nacionales” (González, 2006).

La construcción de lo nacional con el forjamiento de esa identidad, debía ser necesariamente la eliminación o amortiguación de las identidades locales fuertes para que fuese posible la construcción de aquel espacio nacional -subjetivo y material- de la modernización. Se construye una representación de que las regiones fuertes son amenazantes para la unidad nacional y un imaginario que asocia el poder local con disolución o resquebrajamiento nacional (Santana, 1995). En el mejor de los casos, como fuerzas o identidades culturales subalternas o folklóricas, pero que no son pensadas como agentes decisivos para su propio desarrollo (Siddiquee, 1997).

Con esa orientación, las élites del centro político y económico del país “en desarrollo” que se trate, entenderán que la única escala espacial “racional” para plantearse los desafíos del desarrollo es la escala nacional. Para ellos, esta escala es la adecuada, ya que permite procesar la realidad, ordenar los déficits y definir el campo pertinente de acción de las políticas. Esto puede incluir la intervención de un territorio local determinado, en la medida que ello favorece o es necesario para el desarrollo nacional. El proyecto nacional, sustentado en la afirmación principal de una identidad nacional única, se supone comprensivo y envolvente de todas y cada unas de las territorialidades locales existentes.

La identidad local por el contrario, es percibida como la base de una mirada reducida de las cosas, como una escala de análisis y acción

que resulta calificada como de racionalidad estrecha o particularista en relación con “la visión nacional”. No es raro por tanto, que desde este razonamiento, que no siempre se expresará con la radicalidad o nitidez con que aquí se expone, resulte más o menos fácil calificar a cualquier líder local que sobrepasa ciertos márgenes permitidos de acción o voz, como un “caudillo local”. Esta expresión lo (des)califica en tanto era significada como portadora de la irracionalidad y la barbarie. De manera similar en la era de la globalización, desde visiones partidarias de la máxima apertura económica mundial y de la mínima interferencia del Estado, se considerará estrecha y particularista la idea de un proyecto nacional de desarrollo. La mirada pertinente y racional es considerada la escala global y la escala nacional será ahora, acusada de particularista y estrecha (González, 2007, 2009).

No se hará aquí un análisis de las virtudes que puede haber tenido la idea de un proyecto nacional de modernización (e.g. inspiración de proyectos nacionales autónomos, búsqueda de estrategias nacionales independientes, conveniente inserción en la economía internacional, defensa de riquezas, luchas contra el colonialismo o el imperialismo, búsqueda de una mayor inclusión social, etc.), como tampoco sus resultados catastróficos (e.g. nacionalismos exacerbados en cuanto a agresividad, expansionismo, estigmatización de lo extranjero, represión de minorías étnicas, etc.). Más bien se pretende identificar algunos efectos negativos de esta mirada focalizada en la escala nacional y el poder central, en términos de su efecto de negación sobre “lo local”. Esto tiene como objetivo el sacar lecciones que permitan robustecer la afirmación de los espacios locales como lugares desde los cuales pueden imaginarse, elaborarse y ponerse en marcha

acciones para su desarrollo. Lo primero es que aquella definición de un centro político administrativo portador y exponente único de lo nacional contribuyó al debilitamiento de fuerzas motivadoras propias en las territorialidades locales a un cierto estigma que operó como pérdida de autoconfianza en sus posibilidades y capacidades dirigenciales y dejó espacios vacíos en la conducción propia. Esto debilitó la (re)producción de grupos de dirigentes locales con proyectos endógenos de desarrollo. Lo segundo es la germinación de un sentimiento de permanente desconfianza y rabia hacia el centro político administrativo, que produce variadas resistencias periféricas no plenamente visibles y hacen costosa la gestión del país. Ello puede expresarse como una explosión identitaria *separatista* en algunos casos, pero también puede reproducirse como una realidad *implosiva* en que se cultiva una permanente odiosidad hacia el centro (la ciudad capital). En tercer lugar, hay una tendencia de una parte de las localidades en dirigirse hacia una identidad más defensiva, que no actúa como base para la afirmación de un proyecto propio de desarrollo. En cuarto lugar, como expresión de la subordinación respecto del centro político administrativo, pero también por buscar extraer beneficios desde él, en el desarrollo de los territorios locales se apuesta en exceso a la capacidad de logro de quienes son “sus notables”, aquellas personas que en representación de los territorios locales tienen más posibilidad de “llegada” al centro para hacer ver las necesidades y reivindicaciones locales y obtener respuestas y recursos favorables. Es decir, que cumplen una función *notabilitaria* (Gremion, 1976). Ello limita la construcción de una institucionalidad propia más fuerte y democrática que efectivamente exprese una descentralización del país.

A lo anterior puede agregarse un aspecto que se ha ido haciendo más importante en la discusión acerca de la pertinencia y efectividad de la política pública. Esto se refiere a una lectura crítica de lo que fueron las políticas regionales en el pasado de América Latina, entre otros aspectos, por ser esencialmente pensadas desde los niveles centrales y de forma sectorialista (Boisier, 1992). Estas políticas habían tenido un desarrollo importante desde fines de los años '50 cuando se constató el importante desequilibrio territorial (regional) que tenían los procesos de desarrollo nacional y la gran concentración de activos, actividades, oportunidades y población en alguna gran ciudad (De Mattos, 1984). Del análisis de dichos fenómenos se concluyó que la pura

regulación mercantil de la economía tendería a acentuar y no a disminuir esas inequidades. Al interior de una lectura crítica acerca de los reales logros que habían logrado tener dichas políticas regionales, fue siendo claro que otra razón para su fracaso fue que ellas adolecieron de una consideración de las dimensiones culturales de los territorios locales y fueron marcadas por una estrechez economicista (Boisier, 1992). En este sentido, la falta de pertinencia de esas políticas ha permitido comprender crecientemente la situación de no correspondencia con formas culturales propias de regiones u otros territorios locales y ha fundamentado la necesidad de participación local en la generación de aquellas.

El desarrollo definido desde la identidad y culturas locales

Se puede decir que este enfoque surge como una reacción al anterior. Sin embargo, también se acentúa en el marco de la globalización en que se acrecientan los flujos simbólicos de escala mundial y a la vez, los Estados y las identidades nacionales heredadas se fragilizan (Giddens, 1993).

En este enfoque se establece una relación directa entre identidad y desarrollo. La identidad, en la medida que está asociada a una cultura (local) debe ser el punto de partida para orientar el desarrollo local. Esto no solo en términos de consideraciones instrumentales o pragmáticas, sino de la definición sustantiva de ese desarrollo, de sus contenidos y de su fondo (Verhelst, 1987). Aquel no puede ser definido sino en términos de la cultura y la historia de la localidad, de su proyección y de su realización. Así, el desarrollo queda definido dentro de los marcos culturales de la localidad. A través

del desarrollo se debe develar y revelar lo que está contenido en el territorio, entre quienes forman parte de él.

Como puntos de partida para cualquier estrategia de desarrollo, van a ser valorizadas las identidades, culturas y comunidades locales. Esto significa, en primer lugar, un rescate de la identidad y cultura existentes. Lo local tiene una corporeidad de valores, representaciones y modos de ser que expresan una historia particular, que aunque no sea autárquica ni autosuficiente expresan una realidad propia. Ello permite comprender tipos específicos de hibridajes e influencias externas. Existen historias y culturas locales, reconocibles en territorialidades subnacionales específicas, que son el soporte sustantivo para una propuesta de desarrollo. El "agregado nacional" no da cuenta de esas múltiples particularidades, cuyas identidades podrán ser más o menos intensas, más

o menos distintivas, pero que siempre existirán en algún grado.

Desde esta aproximación deja de existir el “desarrollo” con un contenido único y aparecen los “desarrollos” que tienen marcos territoriales locales más específicos. En ello se expresa la profundización de la crítica al etnocentrismo y una cierta acentuación del valor de la diferencia también en su expresión territorial. En parte esto tiene que ver con una pérdida de optimismo acerca de una definición clara y única de lo que es el progreso y el desarrollo. Se va a cuestionar una definición universalista del desarrollo que deba ser puesta en ejecución en todo tiempo y espacio (Latouche, 2003). Esa definición no puede ser exterior a las sociedades locales. En este sentido, la afirmación de la identidad local se presenta como una reacción a lo que sería ese intento de imponer sentidos y orientaciones desde fuera de las colectividades locales bajo el fundamento de la existencia de patrones universales. De manera más radical, todo supuesto exponente o divulgador de lo universal –de lo universalmente válido o racional- no sería sino el exponente de una mirada y cultura particular, envuelta de aquella pretensión de universalidad. Sobre ese fondo se revaloriza lo étnico y “tradicional”, visto ya no como mero depósito de un mundo atrasado, sino también de culturas plenas de valor social. Incluso se verá en esos mundos, expresiones de búsqueda de vías originales y propias de modernización. En este sentido se retoman viejos temas puestos por corrientes como el populismo ruso y el gandhismo, en su idea de fundar una cierta vía comunitario-campesina de modernización que recoja las formas económico-culturales de la comunidad rusa (obchima) e hindú (panchayat) (Cockey-Vidroutch et al., 1988).

Esta visión se expresa en innumerables críticas que se hacen a proyectos de desarrollo ejecutados en distintos puntos del mundo y que son cuestionados por sus nulos o imperinentes impactos, debido a la no consideración de las culturas locales. En su versión más radical, el desprecio de la cultura local es causa de fracasos del desarrollo (Verhelst, 1987). Esto conduce a una valoración alta de lo que se puede denominar *autodesarrollo*, ya que son aquellos sujetos que portan esa identidad local quienes pueden construir el desarrollo de sus localidades. Además, son ellos los que podrán determinar cuán pertinente son las acciones provenientes “desde fuera”, aunque sean hechas en nombre del desarrollo de la localidad (Verhagen, 1987).

En los antecedentes teóricos de esta mirada, se puede reconocer una fuerte influencia de la antropología “moderna” en cuanto al predominio del relativismo cultural para observar y calificar las realidades socio-culturales diferentes. Esto supone la comprensión de lo distinto antes que nada como algo con consistencia propia y no calificable en términos de una línea o dicotomía de progreso-atraso. En consecuencia, impone severos límites a la transferencia de modelos o patrones de desarrollo que serían comunes para todos (Balazote, 2007).

Pero esto también se encuentra en la historia misma del debate sobre desarrollo. Una expresión de esto lo constituye una *escuela nórdica* que se hace presente en el debate desde los años '70 del siglo pasado. Es un intento de “devolver” el protagonismo de los procesos de desarrollo –que son para la gente- a las poblaciones mismas. También es una crítica a la disociación entre los “técnicos del desarrollo” y las poblaciones que gozarían los beneficios

de aquel, pero que son reducidas a *objetos del desarrollo* (Dag Hammarsjöld, 1975). Allí se presenta un importante esfuerzo por pensar en cómo articular el desarrollo con democracia y con participación, pensada como quienes buscan su desarrollo lo hagan a partir de sus matrices culturales. Ideas similares, más directamente ligadas a procesos prácticos de animación social, se van a expresar en América Latina en múltiples organismos no gubernamentales “de base” en los años ‘80, lo que se expresa en la idea del rescate de la “cultura popular”. Parte de esta mirada y corriente se expresan en las formulaciones más recientes del *etnodesarrollo*, que son referidas a las distinciones más fuertes de tipo étnico y se hacen eco de diversas expresiones de pueblos indígenas en territorios subnacionales (Gros & Ochoa, 1998).

Con relación a esta aproximación desde las culturas locales, se pueden destacar algunos aspectos que suelen ser polémicos y que le plantean desafíos de consistencia a dicho enfoque. El primero es cómo reconocer la identidad de una comunidad subnacional, la que suele ser compleja y constituida desde múltiples dimensiones. En este plano: ¿es posible hablar de una identidad local única? o ¿esta escala de la realidad está conformada por una complejidad de sujetos que hacen de las territorialidades locales espacios sociales donde los valores, las representaciones del pasado, las autopercepciones del presente y los proyectos futuros, están en “disputa” entre los variados sujetos que conforman la socie-

dad local?. Es decir, ¿no se debiese entender qué junto a un sentido del “nosotros”, -de pertenencia, del aquí/allá y de adentro/afuera- dialogan, se complementan y se disputan *sub-identidades* que expresan las realidades diversas de quienes hacen la sociedad local? (González, 2008). Esa consideración se puede relacionar con el peligro de establecer una definición “esencialista” de la identidad, que conduzca a una especie de “congelamiento” de lo que sería su contenido cultural. Ello puede poner en contradicción la identidad local con legítimas aspiraciones internas de cambio local que siempre significan modificaciones culturales. Un ejemplo de esto ocurre cuando en aras de producir un atractivo turístico, se busca “estatuizar” (dejar detenidos en el tiempo) a comunidades étnicas, bloqueando cambios que pueden ser deseados por ellos (Gros & Ochoa, 1998).

Por último, se debe plantear el debate acerca de si toda orientación sobre desarrollo debe ser relativizada a la lógica local o hay contenidos que pudiesen ganar el reconocimiento de valor universal. En otros términos: ¿debe hacerse equivalente la afirmación de las particularidades locales con la negación de toda construcción de referencias culturales universales, las que pueden ser cambiantes o más perennes? o ¿debe pensarse en una construcción dialógica de lo universal?. Un ejemplo de esto son los derechos humanos y de algunas de sus expresiones específicas, como los derechos de la mujer.

Ángulos recientes desde los cuales las identidades y culturas locales han sido conectadas con las discusiones sobre Desarrollo.

El análisis de la discusión política y académica en los tiempos más recientes, nos muestra nuevos ángulos desde los cuales las identidades y culturas locales han sido puestas en relación con el desarrollo. Estos planteamientos tienen orígenes y naturalezas diferentes, pero se hará mención a tres de estos por la relevancia que han adquirido. El primero se refiere a procesos locales de desarrollo económico, denominados distritos industriales o marshalianos, en que el factor identitario-cultural ha sido destacado por jugar un rol clave. El segundo se refiere a la función que juega la identidad y la cultura local en una realidad marcada por una competencia económica globalizada y por ello, acrecentada. El tercero radicaliza la idea de la identidad local y la cultura propia como fundamento de cualquier desarrollo, entendida como resistencia a la amenaza de un orden cultural global homogéneo.

Distritos, endogeneidad e identidad.

Dentro de los estudios y análisis sobre desarrollo económico, especialmente a partir de los años '80 del siglo XX, va a ser destacada la experiencia de los territorios locales en el centro-norte italiano, en particular, en la región administrativa de Emilia Romagna (Sengenberger et al., 1992). Esta experiencia va a ser conceptualizada como *distrito industrial*, retomando la noción del economista inglés Alfred Marshall de fines del siglo XIX, para referirse a la aglomeración de pequeñas empresas en determinadas zonas y cuya causa era el aprovechamiento por cada una de las empresas de los beneficios que se generaban por estar lo-

calizada en la aglomeración. Una explicación de aquel proceso fue la existencia de un fuerte tejido local de pequeñas empresas, entre las cuales existían relaciones de competencia y de cooperación y en que el bien colectivo se hizo parte de la optimización individual. Esto, entre otros efectos, permitía una permanente difusión de las innovaciones tecnológicas y mutuas subcontrataciones en función de negocios conjuntos. Se constituían, producto de esta densidad de relaciones empresariales, una serie de beneficios apropiables para todas las empresas y definían un contexto de economías externas para ellas e internas al territorio.

Dentro de la interpretación de los factores influyentes en el origen y desarrollo de los distritos, fue destacada la identidad y cultura territorial. Un fuerte sentido local del nosotros actuaba positivamente sobre la dinámica local de relaciones y emprendimientos económicos (González, 2008). Se estableció una relación entre desarrollo, identidad y cultura local, en que estas últimas aparecen como un soporte "duro" y "ambiental" del primero. Esto tuvo varias implicancias: 1) La identidad aparece como una "estima de sí" o un "orgullo de sí". Como un factor que sustenta una sociabilidad local y dicha identidad se renueva cotidianamente. 2) Aparece una base de relaciones de alta confianza que hace fácil la posibilidad de actividades conjuntas, de contratación de trabajadores, de intercambio de ideas, de la existencia de una identidad local que cimienta confianza en las relaciones interpersonales, lo que hace caer los costos de transacción (North, 1995) y 3) Esta relación positiva en-

tre identidad y desarrollo está mediada por ciertos valores culturales que le dan cuerpo y constituyen a dicha identidad, además de resultar favorables al desarrollo económico (Azaiz & Corsani, 1999). Algunos estudios van a destacar una ética del trabajo, de la laboriosidad y de la empresariedad, donde también es importante el valor de la familia, de la reciprocidad y del intercambio. A la vez, hay reglas e instituciones distritales que difunden esos valores entre las generaciones, como son la familia, la Iglesia, la escuela, el propio mercado y la empresa. También las autoridades locales, las estructuras locales de los partidos, los sindicatos y otros organismos públicos y privados cumplían funciones de reproducción de estos valores. La importancia dada a estos aspectos culturales de los distritos, indica que no se trata de cualquier identidad la que empuja procesos de desarrollo económico local, sino una que valoriza disposiciones y conductas cercanas a lo que Marshall entendía por clima industrial (Sulmont, 1995).

La lectura de los distritos como procesos económicos locales con alto componente endógeno fue también el punto de partida para una lectura más general de otros procesos de desarrollo económico territorial (local). La idea del desarrollo endógeno como matriz interpretativa parecía correcta para la lectura del desarrollo ocurrido en diversos territorios (Vázquez, 1993). Por lo mismo, no todos los desarrollos locales que pudiesen pesquisarse eran provenientes de procesos de difusión o inducción (privados o públicos) "desde fuera", sino también existían aquellos ocurridos bajo modalidades más endógenas. En este sentido, se va a dar lugar a una representación del desarrollo como un proceso que presenta formas más difusas y rampantes en el espacio. Se debe señalar que la literatura que destacó el

fenómeno de los distritos fue objeto de críticas fuertes (Amin & Robins, 1990). Una de las críticas fue hacia la excesiva universalidad con que fue dotada la experiencia de los distritos.

Globalización, competitividad e identidad.

Los análisis más recientes de las dinámicas de desarrollo han enfatizado que un dato fundamental del período actual es el de la globalización económica. Entre otros aspectos que la conforman, está la acentuación a escala mundial de la competencia entre las empresas y grupos económicos y también de los territorios. Desde esta perspectiva ello obliga a la necesidad permanente de aumentar la competitividad para efectos de no entrar en crisis frente a los adversarios. Es decir la globalización competitiva se asume como un escenario natural o históricamente irreversible dentro del cual se juega la posibilidad del desarrollo de los diversos territorios. Es en ese marco que aparece considerada la identidad territorial como factor importante en tanto componente de la competitividad. Es decir, de acuerdo a este paradigma que ha adquirido grados de hegemonía, un territorio con identidad permea a sus productos con un valor adicional, que le permite una mejor condición a sus unidades productivas en la competencia globalizada. En consecuencia, las estrategias políticas que se derivan de esta perspectiva comprenden un rol importante asignado a que los territorios afirmen o reelaboren sus identidades. Ello, particularmente en relación a su actividad económica, que puede referirse a tipos de productos, a los modos de fabricación, a una tradición en torno a una actividad, a cierto saber acumulado, etc. Esto hizo que algunos territorios, al asegurar que ciertos productos tuviesen reconocimiento generalizado de su proveniencia, estuvieran bajo la noción

de denominación de origen, imposibilitando que hubiesen otros territorios presentando ese producto como característico.

Un aspecto importante de este razonamiento es que, contrario a la idea que la globalización tendería a una homogeneización de los espacios y que la constitución de un espacio económico global implicaba un espacio cultural único, el enfoque de la identidad para la competitividad da cuenta que, para generar desarrollo del territorio en el mundo globalizado es necesario poseer identidad, lo que obliga a generar una política de desarrollo de la identidad local.

Globalización, identidad y resistencia.

Se puede identificar una última corriente que ha vinculado la identidad territorial con el desarrollo desde una reacción radical frente a la globalización de las relaciones económicas y sociales. Dicha globalización es descrita y enjuiciada como un proceso gobernado por poderosos agentes económicos globalizadores del resto del mundo en función de sus intereses de acumulación de capital (Santos, 2000). En ese proceso van siendo integrados los distintos territorios locales, los que finalmente son reestructurados para hacerlos funcionales al avance de la globalización asimétrica.

Para algunas escuelas que se ubican en esta visión, esto compromete también los aspectos culturales e identitarios de las realidades

locales. Estas culturas son transformadas en función de hacerlas consistentes con los valores, las representaciones de la sociedad, las actitudes, las conductas, las motivaciones, los deseos y los estilos de consumo que acompañan la actual globalización gobernada por agentes e intereses económicos que le imprimen el sello al capitalismo actual. Se tiende a una amenazante homogeneización cultural que va absorbiendo las experiencias históricas e identitarias de los territorios locales. En su evaluación más crítica, esto ha sido denominado etnocidio cultural (Santana, 1995).

Sin embargo, las realidades locales no son reducibles a la acción de un único proceso vertical y según esta visión, lo que se observa son una serie de reacciones locales que defienden los modos de vida y reproducen las formas comunitarias amenazadas (Peemans, 2001). Se levanta así una corriente simpatizante de la defensa de las culturas e identidades locales y de que estas sean la base de un desarrollo que enfrente la amenaza de dicha homogeneización y pérdida de diversidad cultural. En algunos casos, ello se interpreta como que en la globalización hay un debilitamiento de los estados y de las identidades nacionales. Sin embargo, también ello suele contener una crítica a la historia de los estados nacionales y a las formas de construcción y dinámica de lo nacional por haber generado un fuerte anulación cultural de las realidades locales.

Conclusiones

El recorrido anterior permite ordenar las formas con que han sido ligadas las nociones de desarrollo y de identidad territorial. Con ese telón de fondo se hará mención a algunos aspectos que parecen importantes de considerar para profundizar en la relación entre desarrollo e identidad local, así como para orientar una práctica de desarrollo local o regional.

En primer lugar, la identidad local puede ser una fuerza importante en la construcción de los procesos de desarrollo local. En la medida que ello pueda implicar una idea de “estima en nosotros”, un capital de confianzas y de autoconfianzas, es claro que puede ser un importante factor “activo” para procesos de mejoramiento de la calidad de vida local. En este sentido, puede ser la base para la movilización de enormes fuerzas presentes en el consciente y subconsciente de los territorios. A su vez, puede dotar al territorio de elementos de sentido, de orientación y de significado, que configuren su peculiaridad dentro de un mundo interdependiente. En este sentido, la historia e identidad de un territorio, su espacio-tiempo particular -aunque no autárquico ni autosuficiente- pueden entregar materiales que permitan la reducción de las instituciones públicas centralizadas y permita las que provienen de la descentralización y desconcentración del Estado Central. Estas pueden operar como una capacidad social para establecer una selectividad frente a lo que viene “de afuera”, sean inversiones privadas o políticas públicas.

Sin embargo, reforzar la identidad local y el sentido de comunidad, no debe velar la comprensión de lo local como una realidad social compleja, que ofrece características de sociedad local. Es decir, configurada y animada por

grupos, agentes, intereses y visiones diferentes que pueden entrar en relaciones de cooperación, de conflicto u otras. Por ello, lo local está en permanente reconfiguración y sujeto a dinámicas cambiantes y disputas de sentido y de estrategias de desarrollo (Debuyst, 1998, ver también Anexo 1).

En segundo lugar, para que la identidad local actúe como una fuerza positiva para el desarrollo, es necesario que se conecte con las tres temporalidades en que se representa la existencia humana y social: el pasado, el presente y el futuro. En este sentido, aunque pueda comprenderse el fenómeno, la sola conexión con el pasado resulta insuficiente y puede ser la base de un intento de “congelamiento identitario”, que se opone de manera absoluta a la identidad con cambio social (local). La identidad no debe ser vista como un contenido fijo. La crítica a que en las actuales circunstancias de la globalización, el cambio local puede ser excesivamente producido “desde el exterior” de un territorio local, no debe velar el hecho que las comunidades locales, o partes de ellas, pueden desear cambios acerca de lo que ocurre al interior del territorio.

Asimismo, transformaciones locales pensadas desde una pura visión de futuro, que no recogen las características históricas de una localidad, puede producir destrucciones del capital identitario, lo que se traduce en acentuación de fragmentaciones internas, de desconfianzas, de conflictos explícitos o implícitos y de grupos sociales excluidos. Los programas de cambio o de mejoramiento de la vida local no pueden ser pensados como si se escribieran en papeles en blanco, donde no existe ni la historia ni la identidad. Identidad no es pura vuelta

al pasado, pero es impensable sin un pasado. Esta identidad también está hecha del pasado no alcanzado, del pasado incumplido y que ha dejado promesas. Desde la identidad también se puede elegir una opción de futuro.

En tercer lugar, respecto a la relación entre desarrollo e identidad dentro de la relación actual entre lo global y lo local, parece más acertado entenderlo no como una tendencia lineal hacia una homogeneización sociocultural del mundo, sino como la producción de diversas hibridaciones locales que recogen la marca de los sujetos más locales y localizados respecto de lo que ocurre en cada territorio en este período de globalización (García Canclini, 1997). La importancia de esto es que permite visualizar y visibilizar miles de procesos locales no explicables solo por los efectos de la globalización o, al menos, no comprensibles desde una única lógica social, económica, cultural o política (Remy, 1998). Tampoco son comprensibles solamente desde la pura lógica de la "resistencia", sino que se pueden presentar variadas orientaciones con distintos grados de autonomía respecto del Estado o de grupos privados externos y donde es clave el rol de las representaciones sociales que los distintos grupos de la localidad tengan sobre la realidad (Ritaine, 1979). Aun en lo económico se muestra que en muchas localidades, las expresiones locales juegan aunque en muy distintos grados, un rol en la forma que tome la identidad local (Beckouche, 1997; González, 2006). La comprensión de hibridez de los espacios locales permite también, dar una salida al dilema entre particularismo identitario o imposición universalista, en tanto aquello puede actuar como la base social de un respeto identitario en combinación con la construcción de principios que pudiesen tener una validez

universal, asociados a los derechos de todos en tanto personas. Es decir, se puede pensar en identidades locales que pueden participar de identidades universales mayores con todos aquellos con los cuales forma una comunidad de relaciones y flujos humanos.

Por último, respecto al dilema entre la identidad territorial pensada y orientada como funcional al desarrollo económico versus el desarrollo subordinado al no poner en cuestión la identidad presente, se hace una crítica a la visión que considera la identidad territorial como algo manejable en función solo de permitir mayores grados de crecimiento y acumulación económica en el territorio local. Según esta visión, lo identitario y lo cultural deben ser concebidos como maleables en función de los imperativos económicos del crecimiento y la competitividad. Esta visión, si bien es cierto le concede una importancia a la identidad en los procesos económicos, lo hace en un plano estrictamente instrumental. Pero a la vez, debe aceptarse que si una sociedad local posee la necesidad de aumentar su riqueza y niveles de vida, puede tener la necesidad de interrogarse sobre si ello conduce a nuevas formas o disposiciones culturales al alterar ciertos componentes de la cultura material e inmaterial que le permitan asegurar aquellos objetivos. Lo decisivo para enfrentar de buena manera el dilema señalado, parece ser la idea de una buena calidad de vida como criterio de desarrollo de una población local. Este objetivo no podrá estar, por un lado, subordinada a un proceso de pura acumulación económica, a veces comandado desde fuera, ni por otro lado abstraído de logros en el plano de los niveles de vida, que también pueden hacer de aquel criterio una visión más amplia de desarrollo.

Bibliografía

- Amin, A. & Robins, K. (1990). Distritos industriales y desarrollo regional: límites y posibilidades. En: Los distritos industriales y las pequeñas empresas, Vol 1. (eds: Costa Campí, M.T. & Sengenberger, W.). Editado por Ministerio del Trabajo y Seguridad Social de España. Madrid, España.
- Arocena, J. (1995). El desarrollo local: un desafío contemporáneo. Editorial Nueva Sociedad, ClaeH, Universidad Católica del Uruguay. Caracas, Venezuela.
- Azaïs, C. & Corsani, A. (1999). Travail, territoire, et post-fordisme. En: Espaces et Sociétés 92/93: L'inscription territoriale du travail (eds: Azais, C. & Cordani, A.). Editorial L'Harmattan. Paris, Francia.
- Balazote, A. (2007). Antropología Económica y Economía Política. Editorial Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, Argentina.
- Beckouche, P. (1997). La globalisation et les économies locales. Le cas de l'aéronautique militaire française. En : Espaces et Sociétés 88/89. Entreprise et Territoire (eds: Bagnasco, A. & Le Gales, P.). Editorial L'Harmattan, París, Francia.
- Boisier, S. (1992). Los tiempos verbales del desarrollo regional en América Latina. En: América Latina: la cuestión regional (coord.: Panadero Moya, M., Cebrián Abellán, F. & García Martínez, C.). Colección Estudios, Editorial Universidad de Castilla-La Mancha, España, p. 37-61.
- Boudoin, T. & Collin, M. (2001). Mondialisation et mobilisation productives de la ville. En: *Projet urbain, maîtrise d'ouvrage, commande* (ed: Bourdin, A.). Colección Espaces et sociétés Nº 105/106. Editorial L'Harmattan, París, Francia.,
- Bustelo, P. (1998). Teorías contemporáneas del desarrollo económico. Editorial Síntesis, Madrid, España.
- Coquery-Vidrouch C., Hemery D. & Piel, J. (1988). Pour une histoire du développement (Etats, sociétés, développement). Editorial L'Harmattan, Paris, Francia.
- Dag Hammarsjöld (1975). What Now. Report on development and International Cooperation of the Seventh Special Session of the United Nations General Assembly, New York, USA. 130 pág.
- Debuyst, F. (1998). Plurisémie des discours et enjeux conflictuels. In : *Amérique Latine: espaces de pouvoir et identités collectives*. (Eds : F. Debuyst & I. Yépez). Editorial Academia-Bruylant. Louvain La Neuve.
- De Mattos, C. (1984). Paradigmas, Modelos y Estrategias en la Práctica Latinoamericana de la Planificación Regional. ILPES. 31 pág
- García-Canclini, N. (1997). Urban cultures at the end of the century: the anthropological perspective. *International Social Science Journal* 49(153): 345–356.
- Germani, G. (1964). Política y sociedad en una época en transición. Editorial Paidós. Buenos Aires, Argentina.
- Giddens, A. (1993). Consecuencias de la modernidad. Editorial Alianza. Madrid, España.
- González Meyer, R. (1995). Espacio local, sociedad y desarrollo (razones de su valorización). Editorial PET-Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Santiago, Chile.
- González Meyer, R. (2006). Agentes y dinámicas territoriales: ¿quien produce lo local ?. Tesis Doctoral. Facultad de Ciencias económicas, sociales y políticas. Universidad Católica de Lovaina.
- González Meyer, R. (2007). Lo local en la teoría y en la política. *Revista Polis* 22(2009): 1-10.
- González Meyer, R. (2008). Poderes locales, nación y globalización: historia de teorías y debate contemporáneo. Ediciones Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Santiago, Chile.
- González Meyer, R. (en prensa). Revisitando las teorías del desarrollo. *Revista de la Academia. Universidad Academia de Humanismo Cristiano*, Santiago, Chile.
- Gremion, P. (1976). Le pouvoir périphérique. Edition du Seuil. Paris, Francia.
- Gros, C. & Ochoa, A. (1998). Identidades indias, identidades nuevas. Algunas reflexiones a partir del caso colombiano. *Revista Mexicana de Sociología* 60(4): 181-207.
- Ibarra, H. (1997). Negación, exaltación, desencanto de las culturas populares en América Latina. *Revista Debate* 41: 78-90.

- Latouche, S. (2003). *La déraison de la raison économique*. Editorial Albin Michel. Paris, Francia.
- Leal, V.N. (1975). *Coronelismo, enxada e voto*. Editorial Alfa-Omega, Sao Paulo, Brasil.
- Monsivais, C. (1986). *Civilización y Coca Cola*. *Revista Nexos* 9(104): 19-29.
- North, D. (1993). *Instituciones, cambio institucional y desempeño económico*. Fondo de Cultura Económica. Ciudad de México, México.
- Peemans, J.P. (2001). *Les pratiques populaires de développement*. *Cahiers Marxistes*. Bruxelles. pp. 69-90.
- Peemans, J.P. (2005). *Le développement des peuples face a la modernisation du monde*. Academia Bruylant et L'Harmattan. Belgique.
- Preston, P. (1999). *Una Introducción a las Teorías del Desarrollo*. Siglo XXI Editores, Ciudad de México, México. 434 pp.
- Remy, J. (1998). *Identités locales: entre activités productives et acteurs urbains*. En: *Amérique Latine: espaces de pouvoir et identités collectives*. (Dir : Debuyst, F. & Yépez, I.). Editorial Academia-Bruylant. Louvain-La-Neuve, Bélgica.
- Ritaine, E. (1979). *Politiques de représentation et pouvoir au niveau local*. En: *Le pouvoir local* (eds: Ledrut, R. & Bassand, M.). Éditions Anthropos. Paris, Francia. p. 311-324.
- Santana, R. (1995). *¿Qué hay de los territorios de la descentralización?*. *Revista Debate* 35: 45-58.
- Santos, M. (2000). *Território e sociedade: entrevista com Milton Santos*. (entrevistadores: Seabra, O., de Carvalho, M. & Corrêa Leite, J.). Editora Fundação Perseu Abramo, São Paulo, Brasil. 127 pp.
- Sengenberger, W., Loveman, G.W. & Piore, M.J. (1992). *El resurgimiento de la pequeña empresa*. En: *Los distritos industriales y las pequeñas empresas*, Vol 2. (eds: Costa Campí, M.T. & Sengenberger, W.). Editado por Ministerio del Trabajo y Seguridad Social, Madrid, España. 383 pp.
- Siddiquee, N.A. (1997). *Théories de la décentralisation de l'Etat*. *Alternatives Sud* 4(3): 23-40.
- Sulmont, D. (1996). *Iniciativas económicas populares, pequeñas empresas y desarrollo en América Latina: aclaraciones conceptuales y notas para el debate*. En: *Microempresas y Sectores populares en América Latina* (comp.: Abelardo Viloso). Taller Permanente, Lima, Perú. 219 pp.
- Vázquez, B.A. (1993). *Política Económica Local (la respuesta de las ciudades a los desafíos del ajuste productivo)*. Editorial Pirámide, Madrid, España.
- Verhagen, K. (1987). *L'auto-développement?. Un défi posé aux ONGs*. Editeur L'Harmattan, Belgique.
- Verhelst, T. (1987). *Des racines pour vivre. Sud-Nord: identités culturelles et développement*. Editeur J. Duculot, Paris, Francia. 210 pp.

Anexo 1:

Entrevista a Frédéric Debuyst¹ realizada por Raúl González Meyer en Septiembre de 2012.

Ud. ha sido alguien interesado de los fenómenos de la identidad con relación a los territorios locales. ¿Cómo define esa situación?

La noción de identidad territorial se refiere a las “representaciones de sí”, de parte de poblaciones locales, regionales o más amplias; de sus relaciones con otras poblaciones o grupos. De sus particularidades culturales y sociales sentidas, atribuidas o reivindicadas, en planos colectivos e individuales. Ellas son el resultado de relaciones cara a cara y de un juego de espejos –en que cada uno se ve o juzga a los otros- en medio de relaciones de cooperación o de conflicto, de simetría/igualdad o de dominación/sumisión, explotación alienación, etc. Si pensamos en América Latina, vemos que las relaciones étnicas, históricas y aun actuales, han creado identidades que portan la marca de empresas y desculturaciones nacidas de la colonización y de agresiones de la modernización que han presentado diferentes fases.

¿Qué formas pueden tomar esas identidades y qué sería lo positivo de ellas para un “buen vivir”?

Bueno, no es fácil generalizar. Una identidad calificada de “positiva” al nivel del territorio, en un plano general, puede ser defensiva u ofensiva, tomar una forma reivindicativa o de una lucha como movimiento social. Ello implica una valorización de sí misma, de su cultura y de su historia. El “buen vivir” es una herencia y una búsqueda, puede ser perdida o amenazada.

Una identidad colectiva fuerte ha sido caracterizada por numerosos analistas del desarrollo local como un factor de dinamismo, en conjunto con otros recursos materiales, formación de un capital social y una sinergia entre actores políticos, económicos y asociaciones de la sociedad civil. Las representaciones identitarias pueden conferir sentimientos de orgullo, de solidaridad, de disposiciones a esfuerzos colectivos, a innovaciones, a acceso a técnicas nuevas conjugadas armoniosamente a los saberes tradicionales.



1 Doctor en Derecho, Doctor en Ciencias Sociales del Trabajo, Universidad Católica de Lovaina (UCL). Profesor (1968-1996) y Profesor Emérito (1996) en el Instituto de Estudios del Desarrollo (Departamento de Ciencias de la Población y del Desarrollo, UCL).

La cuestión es saber en qué sentido se perfilan los cambios: hacia la mantención o reforzamiento de una autonomía local o regional relativa, debido a la valorización sustentable de un "buen vivir" para todos, o por el contrario, hacia una dependencia externa que crea desigualdades sociales y exclusiones.

En sus escritos hay una advertencia sobre los peligros que esa identidad tome un carácter cerrado, fundamentalista. ¿De dónde viene tal fenómeno y cómo se puede enfrentar esa posibilidad?

Este encierro en una identidad "esencialista" se encuentra en diferentes geografías y ha caracterizado identidades étnicas, nacionales, tribales y religiosas. Esto no es lo predominante en América Latina donde los movimientos étnicos —se trate del neozapatismo en México o de los movimientos bolivianos y ecuatorianos— han sido más bien "inclusivos" y han propuesto un multiculturalismo o un Estado muticultural y han planteado la igualdad de las culturas y la protección de los territorios comunitarios.

La visión de identidades que se enfrentan en la escala global o geopolítica ha sido divulgada en los famosos escritos de Huntington, al hablar de "choque de civilizaciones". De acuerdo a esta visión, los combates ideológicos ligados a la guerra fría, con el fin del comunismo, dejarán lugar a la oposición de civilizaciones, caracterizados por sus fundamentos religiosos. Huntington privilegia principalmente el eje Occidente/Oriente y deja el sitio trascendental al fundamentalismo musulmán. El valoriza Occidente por sus valores individualistas, liberales, de defensa de los derechos humanos, del mercado libre, etc. Este centramiento en los valores esconde otras oposiciones, como los conflictos por los recursos materiales y las desigualdades internacionales. Se trata de una visión dicotómica, ella misma esencialista, que ha servido de argumento a la lucha contra el

"terrorismo internacional", si bien no hay que negar la existencia de este. Constituye una visión muy parcial de los universos culturales, que no tiene en cuenta sus mixturas y las múltiples variantes que los oponen y dividen.

Frente a las identidades cerradas, que sin duda han ganado terreno, yo propongo una identidad incompleta y abierta a otros horizontes. Esto permite salir de una adhesión total al grupo de pertenencia, sea este religioso o filosófico, profesional o territorial. La empatía al otro supone que yo reconozco ausencias, lagunas, en lo que hace mi propia identidad. Ausencia de cualidades que "el otro" es capaz de satisfacer. Yo destaco también las virtualidades de las identidades híbridas, hechas de una integración de aportes diversos, de mestizajes culturales, que confieren a sus portadores capacidades de diálogo entre universos diferentes, como fue por ejemplo, Garcilaso de la Vega.

Hay una discusión relativa a lo que ocurre con la llamada globalización. Algunos sostienen que se avanza hacia una sociedad globalizada que va rompiendo las pertenencias de las personas con los territorios en que habitan. Por otro lado, se afirma que el vacío identitario que se está produciendo provoca una afirmación de identidades locales en el mundo. ¿Qué le parece a Ud. que efectivamente está pasando?

Pienso que ambos fenómenos son concomitantes en términos de acciones y reacciones. Las relaciones económicas dominantes del gran mercado capitalista crean deslocalizaciones múltiples y una movilidad constante de los trabajadores, a través de la flexibilidad de los empleos, de las competencias y de las cualidades requeridas. En el marco de la competitividad de las empresas, los efectos de la separación de los trabajadores de sus lugares de vida no son considerados. A los fenómenos ya antiguos del éxodo a partir de regiones

atrasadas que producen crecimientos urbanos desmedidos y desigualdades regionales -que han dejado de ser compensadas por una planificación redistributiva- es necesario agregar las agresiones territoriales como el caso de las explotaciones mineras y por las compras y acaparamientos internacionales de millones de hectáreas de tierras. Este es el caso de África, lo que hace a las poblaciones campesinas cautivas de intereses extranjeros, condicionándolas en sus medios de existencia o empujándolas al exilio.

Junto a esta movilidad y pérdida de autonomía impuesta por algunas empresas y Estados acaparadores, es necesario agregar la gran expansión de las migraciones económicas y políticas, principalmente en el sentido sur-norte, aunque también este-oeste. Yo me he referido en un escrito anterior, a las "identidades nómadas" de estos grupos de pertenencia bi-territorial, formando tejidos internacionales de nuevo tipo, con lazos y capacidades de originar una economía transfronteriza, entre la sociedad de origen y la de llegada.

Sobre la segunda proposición de la pregunta, pienso que se trata menos de un vacío identitario y más de una reacción a violaciones de identidad, al menos en lo que concierne a las agresiones territoriales. En este caso, los movimientos defensivos refuerzan su identidad colectiva. Es el caso de resistencias ocurridas en Perú y en Ecuador, relativas a explotaciones mineras y de petróleo. Las reivindicaciones para una soberanía alimentaria van también hacia una oposición a la dependencia de una lógica exógena, poco preocupada del campesinado local.

En ese marco de acciones/reacciones que usted explica, han existido planteamientos que han puesto explícitamente el valor en lo local: ¿dónde encuentra esa valorización sus fundamentos más concretos, sean ideológicos o prácticos?

Si pienso en Europa, yo postularía que la idea de lo local ha sido valorizada en una óptica alter-mundialista, como una contracorriente de una mercantilización multinacional. Lo local es impulsado en el marco de la relación productor-consumidor, entre otras razones por: 1) una preocupación ecológica que propone el comercio de proximidad, evitando gastos de energía, y 2) una defensa del pequeño productor rural, de una mejor calidad de vida. Corresponde a una cierta postura ética. Yo no estoy seguro que ese interés por lo local pueda recrear un anclaje territorial. Cada uno porta identidades parciales y múltiples que son influidas por redes sociales frecuentadas.

Desde este punto de vista, las nuevas tecnologías de la comunicación juegan un rol importante, sobretudo en las generaciones jóvenes. Hemos visto el impacto del Twitter y del Facebook en los eventos y movilizaciones democráticas de África del Norte. Las redes sociales que se forman en el tejido de intercambios individuales son trans o supra territoriales. Son un campo geográfico indeterminado que permite lo virtual. Ello puede o no favorecer la afirmación de identidades locales. Es más bien una identidad que reposa sobre las privaciones sociales de una generación y sobre las esperanzas de cambio político.

A partir del hecho que una característica actual es la enorme competencia entre empresas y países, lo que también abarca a regiones y localidades, se han popularizado visiones que sostienen que es necesario aumentar la competitividad y que para ello, la identidad local debe ser trabajada como un recurso para competir, pues eso le dará más valor a los productos que allí se hagan. ¿Que piensa Ud. de eso?

Si nosotros tenemos en la cabeza que la identidad local es un recurso para la competencia, que lo local no sea absorbido por lo global puede ser calificado de positivo en esta competencia en el plano de las mercancías y las inversiones productivas. ¿Pero se trata de una verdadera identidad local o de un sustituto identitario para entrar en la corriente de una comercialización a gran escala y que responde a la búsqueda de ganancia?

Los productos controlados por las empresas del Norte se difunden a través del mundo e imponen un modelo de consumo especialmente a favor de las clases altas e insumos para la producción de acuerdo a criterios estandarizados. Existen sin duda algunas adaptaciones a los gustos locales y de las clientelas a conquistar, como los "fast food", a los sabores mexicanos o asiáticos. La empresa turística busca también ofrecer exotismo, el que toma la apariencia de búsqueda de la cultura auténtica, pero que finalmente es algo artificial. Las poblaciones locales participan allí como espectáculo o para servir a los extranjeros.

El problema es que esa manera de enfocar las cosas sigue una lógica "economicista", que se centra en una eficacia tramposa o al menos, relativa. El recurso de la identidad local para el desarrollo, si no emana de fuerzas endógenas, responde a una estrategia muy selectiva de sumisión a objetivos que no tienen anclaje real.

Entonces ¿cómo enfocaría la relación entre identidad local y desarrollo?

Yo invertiría el razonamiento anterior: la identidad local no debe servir esencialmente a una economía competitiva en el mercado, sino que un proyecto económico debe insertarse en lo social, respondiendo a los valores de uso de las poblaciones y por lo tanto, debe estar enlazado con lo que constituye la identidad de dichas poblaciones.

En relación con esto, la cuestión de la diversidad cultural en el mundo es un punto a discutir. Desde mi punto de vista, ella es tan necesaria como la bio-diversidad y debe escapar a la mercantilización y al espíritu de la competencia del mismo modo como el resguardo ecológico debe escapar radicalmente de la lógica de una sociedad de mercado.

Esta diversidad cultural no se basa exclusivamente en una herencia civilizatoria, inscrita en las costumbres y las ideas, sino que se inserta en las evoluciones inacabadas, en los diálogos y contactos múltiples que se perfilan, sin que se pueda conocer la salida. Lo peor sería caer en la instrumentación cultural desde una práctica y un pensamiento, únicos.

¿Cómo ve lo que está ocurriendo en Europa respecto al juego entre identidad europea, identidades nacionales e identidades locales? ¿Qué ocurre en ellas y sobre todo entre ellas?

Yo no pienso que este surgiendo una verdadera identidad europea. Para que eso ocurriese sería necesario que las instituciones europeas presenten un proyecto de sociedad y una política internacional común. Pero Europa no se ha desprendido del juego de algunas de las potencias como Alemania, Francia y Gran Bretaña. Ella no tiene más un modelo social claro a proponer y tampoco tiene acuerdos sobre las grandes cuestiones políticas del momento.

Los mismos Estados han sido marcados por las crisis financieras y han remolcado los intereses económicos y financieros tanto a nivel de Estados nacionales como de la Comisión Europea. Las deudas públicas han conducido a políticas de restricción presupuestaria y han puesto en peligro las conquistas sociales, como la seguridad social y las condiciones salariales. Esto sobre todo en los países más débiles como Grecia, Portugal, España e Irlanda. Las desigualdades en el interior de Europa se han reforzado, en materia de desempleo por ejemplo. En ese contexto, los movimientos migratorios que provienen del Sur, sobre todo de África y de Asia, pero también de América Latina y de Europa del Este, han sido percibidos como una amenaza, un factor de inseguridad y de tensiones en el empleo. Ello ha alimentado el surgimiento de partidos nacionalistas, calificados de neo-populistas. Estos gozan de una audiencia importante en los países nórdicos: Austria, Hungría, Holanda, Bélgica y hasta hace poco en Francia e Italia. Estos partidos tienen un anclaje nacional y regional, según el caso. Manifiestan una orientación autoritaria, xenofóbica, aunque son liberales en el plano económico. En Francia, el gobierno ha querido introducir debates sobre la "identidad nacional", que es una manera de poner en contra a los franceses puros con los inmigrantes de color. En la mayor parte de los países europeos existe una tendencia a replegarse en una identidad cristiana contra una abertura al Islam y a una sociedad multirracial y multicultural.

En Bélgica hay un proceso de fuerte tensión entre escalas identitarias. ¿Cuáles son los aspectos centrales de ese proceso?

El caso de Bélgica es revelador de una pérdida de solidaridad nacional y de espíritu ciudadano, lo que se traduce también, en una desvalorización del Estado en su rol de regulador de intereses opuestos. Por un lado, la Flandre, la parte neerlandofona del país, gracias a una casi mayoría que comprendía una extrema derecha xenofóbica y un partido que se proclama separatista, se han embarcado en negociaciones para una reforma de las instituciones que iría en la orientación de una confederación sui-géneris.

Es decir, frente a los francófonos de la Wallonie, situados a la defensiva, la Flandre política busca su autonomía económica y financiera. Detrás de la proclamación de una identidad propia centrada en la lengua y el predominio del derecho al suelo, se esconde la voluntad de no soportar más el peso de la seguridad social y del desempleo de la Wallonie, más atrasada en el plano económico. Es importante destacar que este encierro identitario de los partidos del norte va en paralelo a una orientación liberal en el plano económico y a una política de seguridad y de control restrictivo de la inmigración.

Frente al bloqueo político de un país sin gobierno nacional durante cerca de un año, frente a una clase política que parece haber perdido el sentido de Estado, frente a un comportamiento electoral en el norte del país orientado en parte por el carisma de personalidades populistas, es necesario oponer prácticas y voluntad de entendimiento entre las poblaciones del norte y el sur del país.

Al respecto, es interesante destacar la sabiduría presente en un manifiesto firmado por más de 200 artistas e intelectuales de la Flandres, que muestran la riqueza del hibridaje belga, nutrido de dos culturas que son capaces de creaciones originales. Allí señalan que “nosotros tenemos ya una cultura y una identidad. Ambas son plurales. Ellas son también flamencas, pero no exclusivamente. Nosotros no queremos que ellas sean redefinidas en un con-

cepto nacionalista flamenco. Ello constituiría a la vez, un empobrecimiento y un ataque a lo que somos hoy día”. Finalmente, en su conclusión ellos dicen: “Lo que hace falta en el discurso nacionalista flamenco es la idea de solidaridad. Una gran cultura, una cultura abierta, es una cultura que se aparta del camino estrecho del egocentrismo y que adopta la solidaridad como valor fundador”.